

LITERATURA y FICCIÓN:

«estorias», aventuras y poesía
en la Edad Media
II

Edición de Marta Haro Cortés



COLECCIÓN PARNASEO
25

Colección dirigida por
José Luis Canet

Coordinación
Julio Alonso Asenjo
Rafael Beltrán
Marta Haro Cortés
Nel Diago Moncholí
Evangelina Rodríguez
Josep Lluís Sirera

LITERATURA Y FICCIÓN:
«ESTORIAS», AVENTURAS Y POESÍA
EN LA EDAD MEDIA

II

Edición de
Marta Haro Cortés

VNIVERSITAT  VALÈNCIA

2015

©

De esta edición:
Publicacions de la Universitat de València,
los autores

Junio de 2015
I.S.B.N. obra completa: 978-84-370-9794-7
I.S.B.N. volumen II: 978-84-370-9796-1
Depósito Legal: V-1688-2015

Diseño de la cubierta:
Celso Hernández de la Figuera y J. L. Canet

Diseño imagen de la portada:
María Bosch

Maquetación:
Héctor H. Gassó

Publicacions de la Universitat de València
<http://puv.uv.es>
publicacions@uv.es

Parnaseo
<http://parnaseo.uv.es>

Esta colección se incluye dentro del Proyecto de Investigación
Parnaseo (Servidor Web de Literatura Española), referencia FFI2014-51781-P,
subvencionado por el Ministerio de Economía y Competitividad

Esta publicación ha contado con una ayuda de la
Conselleria d'Educació, Cultura i Esport de la Generalitat Valenciana

Literatura y ficción : "estorias", aventuras y poesía en la Edad Media / edición de
Marta Haro Cortés

Valencia : Publicacions de la Universitat de València, 2015

2 v. (460 p. , 824 p.) — (Parnaseo ; 25-1 y 2)

ISBN: 978-84-370-9794-7 (o.c)

978-84-370-9795-4 (v. 1)

978-84-370-9796-1 (v. 2)

1. Literatura espanyola – S.XIII-XV -- Història i crítica. I. Publicacions de la Universi-
tat de València

821.134.2.09"12/14"

ÍNDICE GENERAL

Volumen I

PRELIMINAR	11
I. LITERATURA Y FICCIÓN: MODELOS NARRATIVOS Y POÉTICOS, TRANSMISIÓN Y RECEPCIÓN	
Juan Manuel CACHO BLECUA, <i>Historias medievales en la imprenta del siglo XVI: la Valeriana, la Crónica de Aragón de Vagad y La gran conquista de Ultramar</i>	15
Fernando GÓMEZ REDONDO, <i>La ficción medieval: bases teóricas y modelos narrativos</i>	45
Eukene LACARRA, <i>¿Quién ensalza a las mujeres y por qué? Boccaccio, Christine de Pizan, Rodríguez del Padrón y Henri Cornelius Agrippa</i>	75
M ^a Jesús LACARRA, <i>La Vida e historia del rey Apolonio [Zaragoza: Juan Hurus, ca. 1488]: texto, imágenes y tradición generica</i>	91
Juan PAREDES, <i>El discurso de la mirada. Imágenes del cuerpo femenino en la lírica medieval: entre el ideal y la parodia</i>	111
II. HISTORIOGRAFÍA, ÉPICA Y LIBROS DE VIAJES	
Alfonso BOIX JOVANÍ, <i>La batalla de Tévar: de la Guerra de las Galias al Cantar de Mio Cid</i>	133
Constance CARTA, <i>Batallas y otras aventuras troyanas: ¿una visión castellana?</i>	147
Leonardo FUNES, <i>Estorias nobiliarias del período 1272-1312: fundación ficcional de una verdad histórica</i>	165
Juan GARCÍA ÚNICA, <i>Poesía y verdad en la Historia troyana polimétrica</i>	177
Maria Joana GOMES, <i>Un paseo por el bosque de la ficción historiográfica: la Leyenda de la Condesa Traidora en la Crónica de 1344</i>	193
José Carlos Ribeiro MIRANDA, <i>A Crónica de 1344 e a General Estoria: Hércules a Fundação da Monarquia Ibérica</i>	209

Filipe Alves MOREIRA, <i>Processos de ficcionalização do discurso nos relatos cronísticos do reinado de Afonso VIII de Castela</i>	225
Miguel Ángel PÉREZ PRIEGO, <i>Los relatos del viaje de Margarita de Austria a España</i>	241
Daniela SANTONOCITO, <i>Argote de Molina y la Embajada a Tamorlán: del manuscrito a la imprenta</i>	255
III. MESTER DE CLERECÍA	
Pablo ANCOS, <i>Judíos en el mester de clerecía</i>	275
María Teresa MIAJA DE LA PEÑA, «Direvos un rizete»: <i>de fábulas y fabliellas en el Libro de buen amor</i>	295
Francisco P. PLA COLOMER, <i>Componiendo una façion rimada: caracterización métrico-fonética de la Vida de San Ildefonso</i>	303
Elvira VILCHIS BARRERA, «Fabló el crucifixo, díxoli buen mandado». <i>La palabra en los Milagros de Nuestra Señora</i>	319
IV. LITERATURA SAPIENCIAL, DOCTRINAL Y REGIMIENTOS DE PRÍNCIPES	
Carlos ALVAR, <i>El Erasto español y la Versio Italica</i>	337
Hugo O. BIZZARRI, <i>Los Dichos de sabios de Jacobo Zadique de Uclés y la formación espiritual de los caballeros de la orden de Santiago</i>	353
Héctor H. GASSÓ, <i>Las imágenes de la monarquía castellana en el Directorio de príncipes</i>	365
Ruth MARTÍNEZ ALCORLO, <i>La Criança y virtuosa dotrina de Pedro Gracia Dei, ¿un speculum principis para la infanta Isabel de Castilla, primogénita de los Reyes Católicos?</i>	375
Eloísa PALAFOX, <i>Los espacios nomádicos del exemplum: David y Betsabé, el cuento 1 del Sendeban y el exemplo L del Conde Lucanor</i>	391
Carmen PARRILLA, <i>La 'seca' de la Tierra de Campos y el Tratado provechoso de Hernando de Talavera</i>	407
David PORCEL BUENO, <i>De nuevo sobre los modelos orientales de la Historia de la donzella Teodor</i>	423
María José RODILLA, <i>Tesoros de sabiduría y de belleza: didactismo misógino y prácticas femeniles</i>	437
Barry TAYLOR, <i>Alfonso X y Vicente de Beauvais</i>	447

Volumen II

V. PROSA DE FICCIÓN: MATERIAS NARRATIVAS

Axayácatl CAMPOS GARCÍA ROJAS, <i>El retiro en la vejez en los libros de caballerías hispánicos</i>	473
Juan Pablo Mauricio GARCÍA ÁLVAREZ, <i>Alternativas narrativas para enlazar historias en la Primera parte del Florisel de Niquea (caps. VI-XXI)</i>	489
Daniel GUTIÉRREZ TRÁPAGA, <i>Continuar y reescribir: el manuscrito encontrado y la falsa traducción en las continuaciones heterodoxas del Amadís de Gaula</i>	503
Gaetano LALOMIA, <i>La geografia delle eroine, tra finzione e realtà</i>	519
Lucila LOBATO OSORIO, <i>La narración geminada de aventuras en los relatos caballerescos breves del siglo XVI: consideraciones sobre una estructura exitosa</i>	533
Karla Xiomara LUNA MARISCAL, <i>Los juglares del Zifar: algunas relaciones iconográficas</i>	549
José Julio MARTÍN ROMERO, <i>Heridas, sangre y cicatrices en Belianís de Grecia: las proezas del héroe herido</i>	563
Silvia C. MILLÁN GONZÁLEZ, <i>De Pantasilea a Calafia: mito, guerra y sentimentalidad en la travesía de las amazonas</i>	579
Rachel PELED CUARTAS, <i>La mirada: reflejo, ausencia y esencia. Desde la poesía del deseo andalusí hasta Flores y Blancaflor y La historia de Yoshfe y sus dos amadas y La historia de Sahar y Kimah</i>	589
Roxana RECIO, <i>Desmitificación y misterio: la destrucción del mito en Sueño de Polifilo</i>	601

VI. ROMANCERO

Nicolás ASENSIO JIMÉNEZ, <i>Ficción en el romancero del Cid</i>	619
Alejandro HIGASHI, <i>Imprenta y narración: articulaciones narrativas del romancero impreso</i>	627
Clara MARÍAS MARTÍNEZ, <i>Historia y ficción en el romance de la «Muerte del príncipe don Juan». De la princesa Margarita a las viudas de la tradición oral</i>	643

VII. POESÍA

- Marién BREVA ISCLA, *Las Heroidas de Ovidio en Santillana y Mena. Algunos ejemplos* 673
- Àngel Lluís FERRANDO MORALES, *Ausiàs March en els pentagrames del compositor Amand Blanquer (1935-2005)* 687
- Elvira FIDALGO, *De nuevo sobre la expresión del joi en la lírica gallegoportuguesa* 701
- Josep Lluís MARTOS, *La transmisión del maldit de Joan Roís de Corella: análisis material* 717
- Jerónimo MÉNDEZ CABRERA, *La parodia de la aventura caballeresca en el Libre de Fra Bernat de Francesc de la Via* 727
- Isabella TOMASSETTI, *Poesía y ficción: el viaje como marco narrativo en algunos decires del siglo XV* 741
- Joseph T. SNOW, *La metamorfosis de Celestina en el imaginario poético del siglo XVI: el caso de los testamentos* 759
- Andrea ZINATO, *Poesía y «estorias»: Fernán Pérez de Guzmán* 775

VIII. MANUALES Y DIDÁCTICA DE LA FICCIÓN

- Antonio MARTÍN EZPELETA, *La novela medieval en los manuales de literatura española* 795
- Ana María RODADO, *Reflexiones sobre didáctica (a través) de la ficción medieval* 809

El retiro en la vejez en los libros de caballerías hispánicos¹

Axayácatl Campos García Rojas
Universidad Nacional Autónoma de México

*Para mi madre,
 Andrea García Rojas Contreras*

*«Una bella ancianidad es, ordinariamente,
 la recompensa de una vida bella»
 Pitágoras*

La edad es uno de los aspectos cotidianos de la vida del hombre que constituye una de sus preocupaciones más profundas. Identificar, describir y nombrar las diferentes edades de la vida ha sido, en consecuencia, una actividad persistente y fundamental en la cultura.

La vejez, concebida como la etapa final de la vida, ha tenido un valor diverso a lo largo de la historia y en los diferentes pueblos. En la literatura medieval, abundan personajes caracterizados como viejos, cuya descripción y funciones se insertan, por su puesto, en la concepción que se tenía de la vejez en el Medievo. Si bien esta materia ha sido ampliamente estudiada, sobre todo desde una perspectiva histórica y social, considero necesario llevar a cabo un análisis preciso y literario de las formas y funciones que tienen los viejos en los libros de caballerías hispánicos. Específicamente me interesa atender a la presencia de estos personajes, los aspectos que los definen, las funciones que tienen al interior de la narración y cómo la tradición medieval, respecto a la vejez, permea su construcción; asimismo, es indispensable advertir la evolución y cambios que operaron en la concepción de esta etapa de la vida del hombre en el Renacimiento.

En este trabajo, propongo estudiar el proceso de envejecimiento como un recurso narrativo que los autores de libros de caballerías emplearon para conferir a determinados episodios de sus obras aspectos de maravilla, aventura o didactismo. El proyecto a largo plazo busca establecer una tipología a partir de

1. Este trabajo se realizó en el marco y con el financiamiento del Proyecto PAPIIT (núm. IN403614), «Teoría y análisis de los textos breves en la Literatura caballerescas hispánica» de la Dirección General de Asuntos del Personal Académico y de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México. Asimismo, es parte de las actividades del Seminario de Estudios sobre Narrativa Caballerescas (PIFFYL2015-018 antes 2006-017).

las formas y funciones de los viejos, las viejas y el envejecimiento en la narrativa caballeresca hispánica; para ello es posible identificar dos grandes categorías que se definen por la recepción y sentimientos que generan la vejez y el envejecimiento en los personajes, lo que se traduce en una dimensión positiva o negativa de la vejez; así tendremos una categoría en que se actúa con *aceptación* y otra en que se muestra *rechazo*.

Estas dos categorías, por lo tanto, tendrán una subdivisión tipológica y concreta. En la primera es posible identificar el 1) *Retiro en la vejez*, 2) los *Viejos venerables* y 3) *Sabios y sabias viejos*; en la segunda, los tipos son: 4) *Actitud juvenil*, 5) *Envejecimiento y magia* y 6) *Viejos deleznales*. En este trabajo, solamente analizaré el *Retiro en la vejez* donde es posible apreciar ejemplos de una actitud aceptante.

Durante la Edad Media, la reflexión en torno a las edades de la vida fue variada y amplia; diversas tradiciones procedentes de la Antigüedad grecolatina definieron las marcas y edades del hombre. La perspectiva histórica, social y económica permite conformar un marco contextual en el que se inserta naturalmente la presencia de los viejos en la literatura caballeresca. Dependiendo de las diferentes épocas y momentos culturales, la Humanidad ha percibido la vejez ubicada en dos extremos opuestos: la admiración por un lado y el rechazo por el otro. En el mundo medieval, las edades de la vida fueron básicamente tres: una etapa de crecimiento, otra media de estabilidad y la última asociada al declive; sin embargo, estas divisiones fueron matizadas y diversificadas en un sentido más específico y muchas veces simbólico, que variaba de acuerdo a las diferentes etapas o escuelas que reflexionaron sobre el asunto. Los estudios actuales al respecto son muchos y muy completos, por lo que aquí no hace falta detenerse puntualmente en ellos. No obstante, sí es oportuno indicar que, por su conteo, las descripciones medievales transitaron por tres, cuatro, cinco, seis y hasta siete edades; incluso al final de la Edad Media, se llegó a un esquema de doce edades diferentes (Paravicini Bagliani 2003; Le Goff y Truong 2005: 78-83; Martínez Blanco, 1994).

Independientemente de las divisiones, estas etapas siempre conservaron y se vieron definidas por la concepción fisiológica y biológica de crecimiento, estabilidad y declive (Paravicini 2003: 249). A partir de los postulados de Avicena, se pensaba que «la vejez estaba provocada por la pérdida progresiva de dos de los cuatro elementos que componen el cuerpo humano (calor, humedad), a favor de los otros dos (frío, sequedad)» (Avicena *apud* Paravicini 2003: 250). El envejecimiento del hombre, en suma, se traduce en la paulatina manifestación de cambios anatómicos, fisiológicos y bioquímicos; así como en las repercusiones emocionales, sociales y económicas que estos cambios traen al individuo envejecido (Cabezas Fernández del Campo 2009).

La vejez, por un lado, es la contraposición o el extremo opuesto a la primera etapa o las primeras edades de la vida; contrasta con la infancia y con la juventud. En la Edad Media, esta diametral diferencia se halla mucho más acentuada en el contexto caballeresco, pues según Georges Duby «el guerrero deja de ser considerado “joven” cuando se establece, se arraiga, cuando se transforma en jefe de una casa y en tronco de un linaje» (2000: 133).

La «juventud» [es] el tiempo de la impaciencia, de la turbulencia. En el periodo anterior y en el posterior de su vida [la vejez] el individuo está radicado, ya sea en la casa de su padre o en la del señor que lo educa, mientras es «niño», ya sea en su propia casa cuando él mismo es marido y padre. Entre estas dos épocas el caballero deambula. Este rechazo de la permanencia, este error, se revelan como un dato fundamental en el centro de todas las descripciones que se conservan de la existencia del «joven» (Duby 2000: 134)

En el Medioevo y siempre, fue imposible no asociar la vejez y el envejecimiento a tópicos como la *caducidad de la vida*, el *tempus fugit y memento mori*, a la imagen misma de la muerte; la juventud y belleza que se van y con ellas la vida. Concepción lapidaria que fue tema sustancial de la literatura medieval y que fructificó en el *ars moriendi* (Huizinga 2001: 183-199, Fossier 2008: 141). Le Goff advierte que «la sociedad medieval ignoró la gerontocracia» y que los ancianos más bien tuvieron valor como imágenes venerables y simbólicas (1999: 279-280). Es también necesario advertir que en la Edad Media, los viejos o personas de «edad avanzada», como dice Robert Fossier, eran «supervivientes, pero no inútiles»:

[Los viejos eran], a través de la oralidad, testigos de lo que fue y era a ellos a quienes se pedía actuaran como árbitros. [...] Depositarios del recuerdo, al menos familiar, en algunos casos políticos, eran el eslabón indispensable entre Aquí Abajo y Allá Arriba; se les pedía que narraran al amor de la lumbre los recuerdos que atesoraban. En una sociedad en la que se escribía poco o nada, eran los servidores del tiempo. [...] En las biografías más o menos noveladas de hombres ilustres, la figura del abuelo es más bien estática, sin más actividad que servir de ejemplo a seguir o reproche mudo. (Fossier 2008: 139, 140).

Hacia el final del Medioevo, sin embargo, la función de los viejos fue cada vez más limitada a ser esos venerables receptáculos de la memoria y más bien alejados de los sitios del poder:

[la edad «avanzada»] Dejó de gozar de reverencia universal. Lo que nosotros denominaríamos en la actualidad una ola de «juvenilismo» [...] valoraba todo lo que era joven y nuevo: después de 1350 o 1400, todos los héroes de la literatura eran jóvenes y bellos, como las «figuras» del juego político o los capitanes de guerra. [...], la moda, incluso

la del vestido, el peinado o el habla, se dedicaba a glorificar a la juventud en la apariencia o el comportamiento. (Fossier 2008: 140)

El siglo XVI recibió y desarrolló estas concepciones de la vejez, pues en un mundo donde el valor individual es tan significativo, los viejos fueron todavía más desplazados hacia el grupo de los marginados:

The unprecedented violence of attacks against old age in the sixteenth century was derived from the impotent rage of a generation which worshipped youth and beauty. This optimistic and creative age measured the vanity of its efforts to exorcize ageing, and its cruelty towards the old reveals the depths of its hidden despair. (Minois 1989: 249)

En ese contexto, cabe advertir que la concepción de la vejez y el envejecimiento durante el primer siglo áureo estuvo sumergida en una lucha de contrarios y oposiciones entre el Humanismo y el rechazo a los viejos; lo que se vio reflejado en ricas manifestaciones artísticas y culturales que pretendían prolongar la juventud y la vida: medicina, magia, brujería, fuentes de la eterna juventud y la Utopía; todos esfuerzos en vano... (Minois 1989: 250). Los postulados de Castiglione en *El cortesano* y Erasmo de Rotterdam en su *Elogio de la locura*, entre otros humanistas, ponderan y valoran la juventud y belleza sobre la enfermedad, la vejez y el envejecimiento (Minois 1989: 256, 259).

En los libros de caballerías hispánicos, herederos de la tradición medieval y desarrollados durante el siglo XVI, es posible identificar las diversas edades de la vida; en ellos hay menciones y episodios donde se presenta la infancia o niñez de los personajes; por otra parte y en coincidencia con Fossier, los héroes y protagonistas de ambos sexos suelen ser descritos como jóvenes y bellos. Respecto a la vejez, los personajes que se describen en los libros de caballerías conforman un espectro de categorías definidas por su función narrativa, lo que por lo tanto refleja diferentes concepciones sobre esta edad del hombre. Considero que el género de los libros de caballerías se encuentra a caballo entre las dos grandes percepciones de la vejez y, dependiendo justamente de su función narrativa y de la intención que tienen al interior del texto, queda definido su valor en las obras. Algunos episodios son eminentemente renacentistas en términos de la preeminencia conferida a la juventud y, por lo tanto, el rechazo de los viejos; mientras que en otros episodios, quizá los más medievales, se les considera con aceptación y respeto.

La caracterización de personajes como viejos o envejecidos constituyó un interesante recurso narrativo para los autores de libros de caballerías, pues permite llevar a cabo la inserción o retiro de personajes de modo natural; eliminar aquellos que ya son caducos, que deben morir al interior de la obra y ceder espacio, acción, a otros que son descritos como jóvenes. También la vejez permi-

te incorporar personajes cuya avanzada edad corresponde con las necesidades narrativas para la configuración del sabio o la sabia que, por lo general, tienen cualidades mágicas y sobrenaturales. Los ancianos, que no están vinculados con la magia, suelen tener una función ejemplar, pues por un lado poseen experiencia y sabiduría o bien, por otro, su conducta en la vejez puede servir de *exemplum ad contrarium*, como aquellos episodios donde un hombre viejo desea tener amores con una jovencita (Primaléon 1998). En otros momentos, la vejez está asociada a la magia y sirve como motor narrativo de la acción; este es el caso de aquellos encantamientos donde se detiene el paso del tiempo para algún personaje y su edad es siempre la misma o se mantiene en la juventud; esto confiere al episodio maravilla o didactismo.

1. Retiro en la vejez

No es posible entender la idea del retiro en la vejez, sin tener en cuenta su contraste con una vida activa y propia de la juventud. Retirarse implica específicamente dejar de hacer las actividades que se solía llevar a cabo y mantenerse, entonces, en una etapa más bien de descanso. Durante la temprana Edad Media y luego en el seno de una sociedad caballeresca, definida eminentemente por la acción, los ancianos perdieron su función social; el antes guerrero quedaba ahora sin una tarea concreta. En algunos casos literarios, es justamente el caballero anciano quien, hecho a la vida ermitaña, funge como maestro o consejero del aspirante a caballero novel.² No dejaba de ser una situación ambigua la concepción que de estos viejos caballeros se tenía en la Edad Media (Minois 1989: 134-136), lo que posiblemente derivó en la conformación de la idea de un retiro.

En principio los viejos sobrevivían por la solidaridad de sus familiares y amigos, aunque también la seguridad de la Iglesia fue, de cierto modo, el espacio para su retiro; asimilados muchas veces a los enfermos, las viudas, los pobres y los niños: los hospitales y monasterios sirvieron como lugares para albergar a los ancianos (Minois 1989: 114). Otra fue la historia en el caso de los grupos sociales más ricos, que pudieron financiar situaciones mucho más cómodas para sus últimos años:

Among the wealthy, however, individuals began to take steps ensure a peaceful retirement for themselves, one which would be safe and comfortable and at the same time would guarantee eternal salvation (Minois 1989: 137).

2. Es el caso del caballero anciano que instruye al caballero novel en *El libro de la orden de caballería* de Ramón Llull (2009: 65-66).

Un monasterio ofrecía esas posibilidades; era un lugar donde los viejos —por quienes aparentemente «no pasa el tiempo» y separados de la vida de este mundo— podían prepararse para el tránsito a la vida eterna. El tiempo, para los viejos, parece detenerse y, si embargo avanza inexorablemente para toda la Humanidad; el retiro, por lo tanto y específicamente en los monasterios, coincide con ese tono y sensación de eternidad cercanos al Paraíso, lo que hace más evidente que la vejez sea esa etapa de la vida humana en que se prepara el último viaje (Méndez Gallo 2007, Carrillo 2006).

Al retirarse, los viejos ya no estaban completamente en este mundo, pero tampoco estaban todavía en el siguiente, lo que los colocaba en una situación de ambigüedad social compleja (Minois 1989: 137). Es entonces cuando en el Medioevo tardío y entrado el siglo XVI, los viejos, que aún no estaban en decrepita ancianidad, lograban permanecer con cierta actividad social. Esta situación real de la vejez se ve igualmente reflejada en la literatura caballeresca, pues justamente la aceptación y el rechazo que se advierten hacia esa etapa de la vida, sirven para configurar personajes ancianos con funciones narrativas específicas y que son resultado de ese estar ambivalente de los viejos en el mundo.

En los libros de caballerías, el retiro en la vejez se puede identificar como el deseo de encontrar paz, descanso y prepararse para la vida eterna, donde hay un modo de aceptación, o aquellos casos donde vemos cómo el envejecimiento y la enfermedad prácticamente obligan al retiro.

1.1. Retiro espiritual y regreso caballeresco

En *Las sergas de Esplandián*, el rey Lisuarte, ya viejo, decide retirarse del mundo, pero tiempo después se vuelve a incorporar a las caballerías; lo que justamente refleja una situación ambigua respecto a las actividades de los viejos. Llegado el momento y al llegar cierta calma a la Gran Bretaña, el rey anuncia su retiro y la subsecuente abdicación a favor de su hija Oriana y su esposo Amadís de Gaula:

Esto assí fecho, saliendo ambos por la puerta que al campo salía, [...] cavalgaron en sus palafrenes y fuéronse a meter en aquel apazible y deleitoso castillo de Miraflores, donde fallaron dos capellanes ancianos de missa que debaxo de unos fermosos árboles, cerca de una fuente donde muchas flores y rosas avía, les tenían puesta una mesa pequeña, la cual bastava a dos personas, y cabella otra con platos de tierra y vasos de vidrio, y alguna fruta de la huerta. Cuando el rey assí se vio, fincó los inojos en tierra y alzó las manos al cielo [...].

[...], siendo bendicha la mesa por los capellanes, [...] les dieron de comer, no con otra cerimonia más que a dos religiosos, aquellos que del monasterio donde la honrada abadesa Adalasta estaba, les avía mandado guisar. E assí gelo enbiava cada día, quel rey no quiso que

otra persona alguna allí entrasse sino aquellos que avemos dicho. E acabando de comer y de cenar fincavan las rodillas en tierra, dando gracias a Dios; y rezavan y oían todas las oras en una fermosa capilla que allí era, no entendiendo en ál, sino en las devotas contemplaciones, en mirar el cielo y las estrellas, desseando que sus méritos fuesseen tan dignos que dignamente allí sus ánimas salvassen; olviando todas las cosas passadas, como si nunca tractado ni penado las ovieran, quedando en aquella vida santa y devota donde pluguiesse al Señor muy poderoso. (Rodríguez de Montalvo 2003: 404)

La descripción del Castillo de Miraflores constituye, en este episodio, una evocación del Paraíso, pues aunque se trata de un lugar en el mundo, siempre ha tenido, desde el *Amadís de Gaula*, una función de refugio, de retiro y gozo. Ahí y tras su matrimonio secreto, Amadís y Oriana conciben a su vástago Esplandián; luego ahí se retira Oriana cuando se siente preñada y debe ocultar el embarazo y nacimiento del niño; mucho más adelante en el *Amadís de Grecia*, la princesa Lucela también se retira al mismo castillo tras un desengaño amoroso. Miraflores y los jardines que lo circundan representan ese lugar a donde acuden los afligidos, los enamorados, los que se disponen a alcanzar la vida eterna... es un lugar de tránsito y descanso. Como el bosque al que huyen Tristán e Iseo para poder amarse.

Miraflores, como retiro del rey Lisuarte y su reina, tiene además elementos físicos que lo vinculan con el Jardín del Edén: «fermosos árboles, cerca de una fuente donde muchas flores y rosas avía». No obstante, el placer es limitado y se propicia también para Lisuarte un espacio de reflexión, penitencia y humilde vida alejada del mundo: «[...] les tenían puesta una mesa pequeña, la cual bastava a dos personas, y cabella otra con platos de tierra y vasos de vidrio, y alguna fruta de la huerta». Los lujos han quedado fuera de Miraflores y todo es idóneo para la oración, para el cuidado y salvación del alma, para preparar el momento final y el tránsito. Lisuarte y su esposa deben comer frugalmente y, por lo tanto, sus alimentos son preparados en un monasterio cercano; el rey y la reina son viejos y han quedado fuera del mundo; ellos mismos han decidido su retiro «olvidando todas las cosas passadas, como si nunca tractado ni penado las ovieran». Este es el ideal de un monarca que se retira en su vejez, cuando ya no es adecuado para gobernar, ni para participar en las acciones militares.

Hasta ese momento, el retiro de Lisuarte es efectivamente coherente con el relevo generacional y el final deseable para un monarca que cuida su estado antes de morir. El episodio corresponde con la concepción que se tenía de la vejez y del envejecimiento, y se espera que Lisuarte efectivamente deje el camino libre para Amadís y luego para su nieto Esplandián. Sin embargo, la ambigüedad del lugar y función que tenían los viejos al final de la Edad Media, además de las intenciones narrativas de Rodríguez de Montalvo, colocan al

viejo rey Lisuarte, que ya se había retirado, en nuevas acciones caballerescas a lado de su yerno y su nieto en defensa de la Cristiandad. Lisuarte, entonces, morirá en batalla y obtendrá así una buena muerte, una muerte adecuada para un rey, para un rey-caballero. Junto a él morirá también en batalla el viejo rey Perión, abuelo paterno de Esplandián. Ambos reyes serán sepultados con honores en la Capilla de los Emperadores en Constantinopla (Rodríguez de Montalvo 2003: 784-785, 792):

[...] An old man might be a former warrior who had not found death in combat and who was obliged to wait for illness and weariness to finish him off. They ensued a primary ambiguity; if death in battle was glorious, was it not more so to kill one's opponents and so achieve decrepitude, unvanquished and covered with scars? (Minois 1989: 134)

De este modo, en el retiro en la vejez de Lisuarte y su regreso a las caballerías, se hace evidente ese doble valor que tenía la vejez para un monarca: el retiro al castillo, como si fuera un monasterio, alude a una aceptación de su edad avanzada y de sus condiciones; se exalta con ello las virtudes de una vida retirada y consagrada únicamente a la salvación del alma; mientras que el regreso de Lisuarte pone de manifiesto el rechazo al envejecimiento e, indirectamente, a esa vida espiritual que ya había adoptado. En la obra, Rodríguez de Montalvo valora poderosamente la gloria caballeresca y la muerte en combate que, sin embargo, sí quedan justificadas por tratarse de una guerra santa contra los infieles y paganos, y no ser simplemente búsqueda de fama terrenal. En contraste, el regreso de Lisuarte y su abandono de la vida retirada en Miraflores están avalados por esa alta misión y compromiso con la Cristiandad. Por lo tanto, la salida de Lisuarte de su retiro responde al espíritu de cruzada y mesianismo que impregna las *Sergas* y pone de manifiesto el momento histórico que vivía Rodríguez de Montalvo, cercano a la Guerra de Granada y bajo el aliento de los Reyes Católicos.

Lisuarte, de ese modo, también salvó su alma y luchando contra los infieles dio fin y remate al camino espiritual que comenzara cuando se retiró en Miraflores. No deja, si embargo, de estar presente esa ambigüedad con respecto a retirarse en la vejez o mantenerse activo, aunque ya el cuerpo esté, finalmente, ganando la batalla.³

3. José Julio Martín Romero ha estudiado la vejez, específicamente de Amadís, en la obra de Feliciano de Silva. De cierto modo, Amadís actuará de modo similar al de su suegro Lisuarte en las *Sergas*, pero Martín Romero también señala aquellos aspectos del caballero envejecido que lo ponen en situaciones un tanto inadecuadas. Defiende, sin embargo, esa visión madura del caballero que fuera paladín de varias generaciones de lectores (2009).

1.2. Retiro y arrepentimiento

Un episodio similar, aunque con otras intenciones narrativas, es el que se refiere al retiro y muerte del rey Mares en el *Tristán de Leonís* de 1534. En una primera parte de la obra, se narra los sucesos y desgracias tradicionales de la leyenda tristaniana, donde el rey Mares es el absoluto antagonista y responsable de la muerte de Tristán. Sin embargo, en la segunda parte y cuando el hijo de Tristán e Iseo, Tristán el Joven, surge como rey de Leonís, el rey Mares experimenta una radical transformación como personaje: el autor lo muestra arrepentido y anciano, abdica a favor de su sobrino nieto y hace vida penitente; se retira en la vejez:

Y en el camino encontraron al rey Mares, que lo salía a recibir, acompañado de perlados y cavalleros, todos vestidos de negro. Y le rey llevaba la barba crecida, y vestido de paños negros muy viles, en señal de mucha tristeza. (*Tristán de Leonís* 1997: 578)

Y dígovos que el rey Mares no podía partir los ojos del rey don Tristán, y abraçávalo y besávalo en el rostro muchas vezes, dando gracias a Dios que se lo avía dado para reparo y descanso de su vejez. (*Tristán de Leonís* 1997: 579)

El proceder de Mares corresponde naturalmente con el deseo de manifestar un cambio generacional. El narrador aclara que el rey cree que este joven es hijo de Tristán con Iseo, la de las Blancas manos (*Tristán de Leonís* 1997: 575), lo que tiene una conveniente función narrativa en la obra, pues da coherencia y credibilidad ante el monarca. Por otra parte, el rey también desconoce los acontecimientos ocurridos en la Ínsola del Ploto donde Tristán e Iseo la Brunda concibieron dos hijos («Interpolación» de 1534). Así, el dato falso permite justificar y validar ante el rey que Tristán el Joven herede el reino de Cornualla.

Resuelto su problema sucesorio, el rey viejo puede entonces retirarse: «Y el rey Mares se vestió vestiduras venerables, como a rey anciano pertenecían [...]» (*Tristán de Leonís* 1997: 580). Poco tiempo después ocurre la muerte del monarca completamente entregado a una buena muerte y ejemplo del *ars moriendi*. Ha hecho penitencia y se ha arrepentido de sus pecados pasados:

Y [Tristán el Joven] hincóse de rodillas ante el lecho y tomó la mano al rey Mares su abuelo, y besósele. Y el rey Mares, que lo vio, quisiera levantarse en la cama, y no pudo. Y tomólo entre sus braços y dixo: «Mi amado hijo don Tristán, perdonad todo el mi yerro contra vos». «Señor rey, dixo don Tristán, no penséis en esso, qu ella vos tengo perdonado; y agora otra vez vos perdono». El rey Mares alçó la mano sobre la cabeça del rey don Tristán y, haziendo la señal de la cruz, dixo: «La bendición de Dios Padre y del Hijo y del Espíritu Sancto y la mía

sea siempre con vos. Agora la mi ánima irá descansada». Y diciendo estas palabras dio el ánima a Dios. (*Tristán de Leonís* 1997: 643)

La vejez y retiro del rey Mares es un ejemplo de cómo al final de la vida ocurre un alejamiento de las actividades del mundo y, en austera humildad se prepara para la vida eterna. El monarca se ha arrepentido de sus pecados, ha restaurado el daño cometido y ha abandonado los placeres terrenales vistiendo «vestiduras venerables» como corresponden a su edad. El episodio es ejemplarizante en cuanto a la conducta de un rey viejo, que en el pasado actuó incorrectamente y, desde una perspectiva narrativa, permite eliminar un personaje viejo que no tiene cabida en el nuevo programa argumental. El autor quiere continuar la historia de los descendientes de Tristán e Iseo, ajustándose a la construcción genérica de un ciclo, y el rey Mares ya no es útil. El carácter natural de su envejecimiento y muerte son idóneos para los fines narrativos y la reivindicación del linaje de Tristán.

1.3. Retiro parcial y enfermedad

En el *Primaleón* y en el *Lisuarte* de Juan Díaz, el envejecimiento y muerte del monarca también suceden de modo natural y sirven para ejemplificar el bien morir de Palmerín de Oliva y Amadís de Gaula, respectivamente. De Palmerín se dice que era un emperador muy anciano y que, no obstante sus muchos años, se mantenía activo; su retiro en la vejez efectivamente conlleva una vida lejos de las preocupaciones del gobierno, que ha dejado a su hijo Primaleón:

El emperador Palmerín y la emperatriz Polinarda bivieron tanto tiempo que Primaleón, su hijo, ovo en Gridonia los cuatro fijos que vos avemos contado, y todos los armó él cavalleros. [...] E aunqu'el Emperador era tan viejo, no dexava él de ir a caça muchas vezes que él otro cuidado no tenía, que Primaleón governava le imperio salvo que todas las cosas que fazía eran por su consejo. (*Primaleón* 1998: 535)

En su retiro, Palmerín se dedica al descanso, a ir de cacería y funge como consejero de su hijo cuando hace falta. Es claro que el viejo caballero y monarca encarna, como Lisuarte en las *Sergas*, esa ambigüedad de la vejez: su retiro no es drástico y le permite participar parcialmente en las cosas de la corte y del gobierno. Al parecer, este retiro «flexible» hace evidente que Palmerín acepta las condiciones de su edad, pero también rechaza ausentarse completamente de la vida social. La muerte, por lo tanto, le llega en su lecho y rodeado de sus familiares y amigos, y deja todos sus asuntos resueltos, es una buena muerte regia (*Primaleón* 1998: 536-537).

El Amadís de Juan Díaz, por su parte, vive igualmente un retiro definido por el proceso natural del envejecimiento, pero también por la presencia de la enfermedad. En correspondencia con lo que José Manuel Lucía Megías (Lucía

Megías y Sales Dasí 2008: 70-85) define como «paradigma realista», Juan Díaz confiere a su obra aspectos que definitivamente tienen un tinte cercano a la realidad y Amadís de Gaula cae enfermo en su vejez, lo que lo obliga a retirarse:

Como los grandes trabajos y fatigas que los hombres en la juventud passan con la reziura de la edad los no sientan en aquel estreno que su grandeza merece, viene la cansada vejez, madre y fuente de fatigas, donde las afrentas pasadas que con la fuerza y valentía juvenil eran encubiertas, estonces son aclaradas, como a este nombre rey Amadís aconteció, que quedase desde el día que nació que fue echado en la mar, nunca supo qué cosa era descanso, porque siempre era puesto en las más bravas afrentas que ser podía, venciendo a ardidés y esfoçados cavalleros, matando bravos y espantables gigantes, esparziendo mucha sangre de su cuerpo hecho todo una muestra de grandes llagas que sembradas tenía por su cuerpo. Passando los días con grande afán, las noches con menos sossiego albergando por los campos y despolblados, sufriendo los grandes fríos y calores. Las quales cosas que aun que estonces su corazón sufridor de todo afán con grande desseo de la honra y gloria de las armas passava sin las sentir. Agora la edad dava el fruto que avía concebido de la dolencia, como los días de balde no se passan. Cargando la una cosa y la otra ponían al rey Amadís en tal extremo en su enfermedad que los grandes médicos que lo curaban más tomaban pronósticos de su muerte que de vida, según que cada día empeorava. (Díaz 1526: cap. 163, fol. 192r)

Ocurre finalmente la muerte del héroe y fundador del ciclo amadisiano, no sin que este hecho, deje de ser ejemplar. Amadís deja todos sus asuntos resueltos, se confiesa y fallece en su lecho rodeado de parientes y amigos. Tiene una buena muerte y correcta para un monarca (Díaz 1526: caps. 161-166, fols. 189v, 193v, 194-195). Es significativo que Amadís muera enfermo; si efectivamente ya era viejo, lo que realmente parece derrumbar y eliminar al héroe del mundo caballeresco es la enfermedad misma, que lo mina hasta la muerte. De cierto modo, la enfermedad tiene aquí el sentido de un castigo divino (Minois 1989: 120-123), al que Juan Díaz se afilia para retirar al mejor caballero del mundo y poder dar continuidad a sus personajes con otros atributos y valores. En un paradigma realista como este, la única opción deseable debe ser la salvación del alma en la vida eterna, negando los intentos vanos por conservar la juventud y la vida en el mundo:

Paradise [...] was the realm of eternal youth, where all the elect were to grow young again [...]. In Paradise happiness is complete, because «nobody grows old there, nobody dies there». (Minois 1989: 121)

En correspondencia con esta postura, Juan Díaz también conduce a otros personajes por caminos realistas: Oriana, ya vieja y tras la muerte de su esposo,

se retira como monja en un monasterio anexo al Castillo de Miraflores, donde la acompañan Briolanja y Olinda:

El arzobispo acabó la missa con toda solemnidad y acabando el oficio el emperador y aquellos señores se bolvieron con la reina a la ciudad, la qual luego renunciando el mundo y los que en él tenía pasándolo en el emperador su su fijo, con sus donzellas se retraso al Castillo de Miraflores faziendo áspera vida assi y soledad como de penitencia, y después que vio a sus donzellas amparadas entró en el monasterio del castillo y en el duró hasta la fin de sus días como adelante oiréis. (Díaz 1526: cap. 196, fol. 197v-198r)

De modo similar proceden Galaor, Agrajes y Florestán, quienes tras la muerte de Amadís, se retiran al monasterio de Fenusa:

E sabed que el rey Agrajes y le rey de Sobradas tanto que fueron en sus reinos fallando todo pacífico y quieto como si presentes oviesen estado, viendo que sus juventudes avían gastado en las vanidades d'este mundo y cosas vanas, queriendo en sus senetudes fazer tal vida y enmienda que los yerros cometidos de Dios les fuesen perdonados, viendo consentimiento de las reinas sus mujeres que la misma gana y devoción tenían siendo en si muy alegres de le fallar tan conformes en las voluntades fizieron juntar los principales de sus reinos. El rey Agrajez renunció a su reino en su fijo mayor don Florestá de Escocia. El rey don Galaor renunció el reino en su hijo Perión y siendo ellos tales como eran fueron recibidos de los vassallos, [...] El rey Agrajez y don Galaro y sus mugeres com poca compañía aportaron en Bretaña y fueron a ver al rey Lisuarte y estuvieron tres días con él y llevaron las reinas a Miraflores, donde en presencia dellos recibieron ámbito de religión y quedaron con la reina Oriana en aquel monesterio queriendo le tener compañía en la áspera y solitaria vida como en la dulce y plazentera avían tenido. Los dos reyes despedidos del rey Lisuarte se fueron a Fenusa y renunciando las pomas y fastuosa del mundo, dejando los reinos y juridición de sus vassallos a sus fijos, no obstante que dizen los metidos en el mundo ser muy alegre cosa señorear y tener mando sobre vassallos, mas estos nobles reyes pre poniendo las cosas perpetuas y duraderas del otro mundo a las miserias y fatigas del presente, queriendo ganar el reino de los cielos dexaron los reinos que en el mundo avían que tan acompañados fuesen ser de trabajos y afrentas y su dulzura mezclada con muchos cuidados y angustias, olvidando otrosi estos nobles reyes sus mujeres, fijos, parientes, tierras, amigos y señoríos entraron en la iglesia y fizieron oración devotamente. E fueron muy bien recibidos de los frailes que ende eran. E luego dejando sus reales ropas fueron vestidos de paños ásperos y de silicio y fechas sus cerimonias que a los nuevamente entrados fazer suelen quedaron faziendo muy santa vida exercitándose en ayunos, abstinencias y ora-

ciones por amor de Dios como hasta allí avían sufrido grandes afanes, llagas y peligros por el mundo. (Díaz 1526: cap. 186, fol. 219v)

Nuevamente el monasterio y, especialmente el Castillo de Miraflores, tiene ese valor simbólico de espacio para el retiro y que sugiere recuerdos del Paraíso Terrenal. La conducta de todos ellos busca ser ejemplar y los muestra en una actitud aceptante de la vejez; los ubica en los escenarios adecuados para el retiro, para la reflexión y la preparación para la vida eterna. Ya pertenecen a una generación pasada, vieja y que debe retirarse del mundo; deben dejar libre el camino a los nuevos caballeros y las nuevas damas, a los jóvenes que serán ahora los protagonistas y que encarnarán una moral y unos valores adecuados a la ideología católica que promueve Juan Díaz en su obra. La vejez y enfermedad de Amadís, si no son vistas en la obra de Díaz como un castigo divino, al menos sí son un eficaz recurso realista y narrativo que permite la desaparición digna del héroe y con él de toda su generación.

Similar destino tiene Urganda, la Desconocida, con quien quizá el autor es más cruel y dogmático. El hada amadisiana, a pesar de haber jugado siempre un papel positivo y benéfico en las obras previas del ciclo, es presentada por Juan Díaz como una vieja, retirada y ciega:

Bienvenido sea tan bienaventurado donzel, grandes tiempos ha que os he desseado, si mi enfermedad no fuera, ya vos viera ido a visitar y servir como en otro tiempo lo había a vuestro padre y linage, y assí lo ficiere a vos que no menos os amo que a ellos. (Díaz 1526: cap. 7, fol. 11v)

Urganda lamenta su envejecida edad y su estado de salud, que no le permiten ya conducirse como antes. No acepta su condición presente y al parecer la ceguera, en su caso, es clara y efectivamente una enfermedad, que Dios le mandó como un castigo por haberse servido de las artes mágicas (Minois 1989: 120-123). El castigo para Urganda es inflexible y ejemplarizante. Díaz parece sentirse con la obligación de dar al público las razones por las que Urganda había estado fuera de la acción narrativa y con ello aprovecha para dar lección a sus lectores:

Mas agora vos quiere el autor dar la razón porque ha tantos tiempos que la historia no ha fecho mención d'esta sabia Uganda y ágora la buelve a fazer. Devéis de saber que después que por Uganda fue encantado el rey Amadís y sus hermanos y el emperador Esplandián como avéis oído, ella se fue a esta su isla no fallada passando buena y viciosa vida con este cavallero su amigo. Y aconteció que no por la edad ser mucha como por la permissão de Dios vino a perder la vista poco a poco, de guisa que de todo quedó ciega. (Díaz 1526: cap. 7, fol. 11v)

El retiro de Urganda en la vejez está empeorado por la presencia de la enfermedad y la ceguera. Es parcial pues desde su nueva condición, el hada hace intentos por actuar y mandar avisos; sin embargo, el didactismo es contundente y, tras la quema de sus libros, también muere sin ningún tipo de recuerdo, sin honores, ni memoria (Díaz 1526: cap. 160, fol. 190r).

En el *Palmerín de Inglaterra*, el viejo emperador Palmerín no llega a retirarse del todo y por el contrario intenta permanecer activo a pesar de su avanzada edad. Continuamente a lo largo de la obra Francisco de Moraes presenta a un monarca cada vez más envejecido y muy disminuido. El realismo en la obra y en esta materia es poderoso, a través de frecuentes momentos clave, se presenta las diversas características que configuran al Emperador como un viejo: Se ha ablandado y llora fácilmente, comienza a desvariar y ya no tiene la fuerza necesaria para las acciones caballerescas, ni del gobierno:

El emperador, llorando de placer, le tomó [a Primaleón] entre los brazos y le apretaba consigo, que como ya por la mucha edad la naturaleza comenzase a ablandarle, cualquier disgusto o pesar grande se las hacia derramar, que este es el natural de los viejos. (Moraes 1989: II, 211)

Alguna parte de tristeza hizo la muerte del rey [Fadrique de Inglaterra], y el emperador fue el que más lo sintió, que como fuesen de una edad, pareciale que éstas fuesen espías de su fin, como sea natural la mayor enfermedad que la vejez trae consigo, traer siempre delante los ojos la muerte. Y este pensamiento o representación de la memoria corrompe el juicio, trastorna el entendimiento, con que no tan solamente se desbarata la fuerza, mas las otras perfecciones se corrompen y la razón carece, para que en todo queden menos que hombres. Que así aconteció al emperador con esta nueva: que por la pasión que recibió de la muerte del rey, o por otros recelos que se dijo, quedó tal que luego se pareciera en él la mudanza que hizo; que las palabras que decía eran dichas sin concierto, y que alguna vez pareciese que lo traían, duraba muy poco, como aquel que el cuidado repartido en otras cosas variaba el entendimiento. (Moraes 1989: II, 224)

Finalmente, también la muerte de Palmerín en esta obra ocurrirá en condiciones ejemplares y como corresponde a un monarca: «Como en ese tiempo el emperador fuese muy viejo, según muchas veces he dicho, y viviese con recelo de su fin ser llegado presto, deseaba, para ir contento, dejar sus nietos casados, con todos los príncipes y personas principales que en su corte se criaron [...]» (Moraes 1989: II, 304). Luis Galván advierte que en un sentido estructural del género, el caso de *Palmerín de Inglaterra* correspondería a una «forma dinámica de progresión descendente donde se proyectan angustias por la vejez y la muerte» (2009: 117-118)

En conclusión, es posible confirmar que las concepciones medievales y luego renacentistas en torno a la vejez y el envejecimiento influyeron poderosamente en la configuración de personajes en los libros de caballerías hispánicos. Esta etapa final de la vida humana fue presentada por los autores caballerescos a través diversas categorías que ponen de manifiesto ya sea una actitud aceptante o una de rechazo ante la vejez de los otros o la propia. Retirarse en esa edad adquiere funciones argumentales, ideológicas y simbólicas que derivan también en varias causas y formas de retiro; esto permite que en términos argumentales sea posible insertar o eliminar personajes viejos que ya no cumplen una función narrativa necesaria o, justamente su envejecimiento y muerte ofrecen posibilidades didácticas al servicio de una determinada ideología: ya sea una que pondera la vejez como un retiro espiritual, austero, de reflexión y oración para salvar el alma; u otra donde la vejez y el envejecimiento, en combinación posible con la enfermedad, son concebidos como castigo ejemplarizante. Por otra parte, estos aspectos del uso y presencia de viejos en los libros de caballerías contribuyen a la conformación del género en ciclos y promueven un desarrollo de carácter generacional. Se trata de un recurso estructurador que, si bien de modo realista hace evidente un aspecto contundente de la vida humana, también es capaz de detonar entrañables episodios caballerescos que muy probablemente despertaron en su público aceptación o rechazo ante un espejo literario que no miente y es certero al presentarnos un Amadís envejecido y enfermo, una Oriana vieja y retirada del mundo, un Palmerín, que en su declive, comienza a desvariar... En definitiva es posible advertir cómo los libros de caballerías constituyeron un género que no sólo fue las delicias de varias generaciones de lectores, sino que los acompañó a través de las edades de la vida: desde su juventud, hasta la llegada de su vejez y por último su avance inexorable hasta el final.

Bibliografía

- CABEZAS FERNÁNDEZ DEL CAMPO, José Antonio (2009), «Algunas interpretaciones históricas acerca de la vejez y el envejecimiento», *Monografías de la Real Academia Nacional de Farmacia*.
- CARRILLO LINARES, María José (2006), «Entre el deseo y la desidia: La suspensión del tiempo en la vejez», *Mil seiscientos dieciséis. Anuario*, 12, pp. 141-148.
- DÍAZ, Juan (1526), *Lisuarte de Grecia. El octauo libro de Amadis que trata de las extrañas aventuras y grandes proezas de su nieto Lisuarte y de la muerte del inclito rey Amadis*. BNE: R/71, Sevilla, Jacobo Cromberger.
- DUBY, Georges (2000), *Hombres y estructuras de la Edad Media*, trad. Arturo Roberto Firpo, pról. Reyna Pastor, México, Siglo XXI.

- FOSSIER, Robert (2008), *Gente de la Edad Media*, trad. Paloma Gómez Crespo y Sandra Chaparro Martínez, Madrid, Taurus.
- GALVÁN, Luis (2009), «Mito, interés y compromiso: Arquetipos narrativos en los libros de caballerías», *RILCE*, 25.1, pp. 102-121.
- HUIZINGA, Johan (2001), *El otoño de la Edad Media*, Alianza ensayo, 38, Madrid, Alianza.
- LE GOFF, Jacques (1999), *La civilización del Occidente medieval*, trad. Godofredo González, Paisdós orígenes, 9, Barcelona, Paidós.
- LE GOFF, Jacques y Nicolás TRUONG (2005), *Una historia del cuerpo en la Edad Media*, trad. Josep M. Pinto, Madrid, Paidós.
- LUCÍA MEGÍAS, José Manuel y Emilio José SALES DASÍ (2008), *Libros de caballerías castellanos (siglos XVI-XVII)*, Arcadia de las letras, 33, Madrid, Laberinto.
- LLULL, Ramón (2009), *Libro de la orden de caballerías*, ed. y trad. de Javier Martín Lalanda, Biblioteca Medieval, 31, Madrid, Siruela.
- MARTÍN ROMERO, José Julio (2009), «Amadís de Gaula humanizado: vejez y melancolía en la obra de Feliciano de Silva», *Letras*, 5-60, pp. 251-262.
- MARTÍNEZ BLANCO, Carmen María (1994), «Las edades de la vida: la infancia en la documentación literaria medieval», en *Actas del III Congreso de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval (Salamanca, 3 al 6 de octubre de 1989)*, ed. María Isabel Toro Pascua, 2 vols., Salamanca, Biblioteca Española del Siglo xv, Departamento de Literatura Española e Hispanoamericana, I, pp. 563-68.
- MÉNDEZ GALLO, Pablo (2007), «La concepción social de la vejez: entre la sabiduría y la enfermedad». *Zerbituan*, 41, pp. 153-159.
- MINOIS, Georges (1989), *History of Old Age: From Antiquity to the Renaissance*, trad. Sarah Hanbury Tenison, Chicago, The University of Chicago Press.
- MORAES, Francisco de (1982), *Palmerín de Inglaterra*, 2 vols., Madrid, Miraguano.
- PARAVICINI BAGLIANI, Agostino (2003), «Las edades de la vida», en *Diccionario razonado del Occidente medieval*, eds. Jacques Le Goff y Jean-Claude Schmitt, Diccionarios Akal, 36, Madrid, Akal, pp. 244-251.
- Primaleón (Salamanca, 1512)* (1998), ed. María Carmen Marín Pina, Los libros de Rocinante, 3, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos.
- RODRÍGUEZ DE MONTALVO, Garci (2003), *Sergas de Esplandián*, ed. Carlos Sainz de la Maza, Clásicos Castalia, 272, Madrid, Castalia.
- Tristán de Leonís y el rey don Tristán el Joven, su hijo.* (1997), ed. María Luzdivina Cuesta Torre, Publicaciones de Medievalia, 14, México, UNAM.